

EL GAUCHO

Se ha lanzado la idea de inmortalizar al gaucho; y la aplaudo por mi parte. Ante la exigua, siempre exigua gratitud humana, debe atraer nuestras simpatías todo lo que tienda a rehabilitarnos, y dicho héroe bien merece un monumento. No hagamos sentimentalismo, sin embargo. Tiene de sobra ese «gestor de América» para sobreponerse a los retaceos partidarios. Su obra, enorme, se yergue muy por arriba de las empalizadas donde se embotan nuestras pasiones bravías. Si hemos de magnificar, magnifiquemos. Hay que mirar a este factor medular de nuestra economía por su aspecto más noble, más alto y genuino. Subamos lá mira, pues.

Por lo que resulta más representativo el gaucho en nuestra sociología, no es, a mi ver, porque haya sufrido y contribuido más a soportar los azares y quebrantos de nuestra vida turbulenta, sino porque es, si no lo único, lo que ha conservado y tendido más a mantener contacto con el medio americano, vale decir, con su ambiente propio. Así es que, fuera de lo precolombiano, miramos al gaucho como la esencia de nuestras tradiciones criollas, como la valla autóctona opuesta a la conquista ideológica que subsiguó a la era de las emancipaciones políticas. Las urbes se han hibridizado: hay parises, madrises, romas, vienas y hasta berlines por estas comarcas, en tanto que la ciudad americana, de pura cepa, y aún de media cepa, esté por verse; y hasta parece ser de realización utópica.

El gaucho, no es el poblador, de cualquier indumentaria rural o urbana, que rinde culto a los dioses, ídolos y fetiches de ultramar, sino el que, compenetrado con el ambien-

te, forja allí mismo su carácter. Es el nativo de América, que siente la altivez de su privilegio regional, y que, por lo propio, se manifiesta autónomo, ya use chiripá, bombacha o frac. Podrá haber desaparecido el arquetipo, si pudo encarnarse alguna vez, pero no es menos cierto que al desvanecerse dicha entidad dejó plasmada su obra estructural como baluarte inexpugnable de la individualidad americana: su psicología. No sólo porque el gaucho, trabado con la naturaleza, hizo sacrificios y sufrió, al propio tiempo que rendía culto a sus aves y sus flores, merece nuestra admiración y nuestra gratitud. Es, particularmente, porque ha salvado la virginidad de América, en tanto que estas poblaciones inorgánicas se sentían apabulladas por la ola de los deslumbramientos de las viejas civilizaciones, perdiendo pié en la realidad, sin acertar a ver lo propio, y sometidas al dictamen de todos, como no sea en materia de libertades políticas: ese es el mayor y mejor título del gaucho.

Si lo que se quiere magnificar es el « eslabón » que une lo americano autóctono con la conciencia moderna de América, elaborada en medio del cosmopolitismo avasallador de las inmigraciones trabajadoras, en estos pueblos formados por una rápida acumulación de hombres y familias que proceden de todas partes del mundo, más bien que por un proceso normal y razonado de selección asimilativa: enhorabuena ! Si el gaucho representa algo así como un filtro de resistencia a la incorporación sin arraigo, al poblador que sólo mira nuestra espléndida naturaleza como una gran caja de fierro repleta de oro y de papeles cotizables: enhorabuena ! Será el símbolo de la autonomía americana, que es nuestro mayor bien moral y material.

A esa entidad, simpática y fuerte, que, como represa destinada a impedir que nos europeicemos a destajo, fundidos en lo heterogéneo abigarrado, y que, como germen fecundo, generó la noción individual e « individualizante », debemos el supremo beneficio de ser lo que debemos ser:

americanos. Y en este campo virgen, vivero de todas las selecciones, es donde buscan expansión libérrima las conquistas e ideales que fermentan penosamente en el Viejo Mundo por entre las mallas de una tradición ósea. Aquí es donde se cultiva el fruto ópimo del progreso, para disfrutarlo exento de las cóimas que subsisten aún allá a expensas de las glorias y prestigios del pasado, exóticos, felizmente exóticos para nosotros. No sólo para disfrutar mejor de todo esto vive la América autónoma, sino también para retribuir con hidalguía al benemérito campeón ancestral, rejuvenecidos y lozanos, los nuevos tallos de su propia planta, como precio de sus ingentes, admirables aportes a la obra de la evolución mundial, y para ofrecerle también algunos tallos de las plantas nuestras.

Esta es la representación superior del gaucho, de ese elemento que vemos poetizado en nuestras idealizaciones habituales, y en ese sentido es más que un símbolo patrio: es el símbolo de la América Latina.

PEDRO FIGARI.

Abril 8 de 1919.

•